

Introducción

Dicen los censos que cada vez son menos los que viven en el campo. Vivir en el campo es inseguro, puede ser tóxico, puede ser una trampa sin salida. Vivir del campo, en cambio, es otra cosa. En la pampa húmeda, cada vez más extensa, más verde, más rica, ni siquiera se ven vacas, que migraron a las islas o a los corrales; ni caballos, que obligan a destinarles una parcela demasiado grande; ni tantos chanchos, ni cabritos. Solo granos. Y porotos. Que valen oro.

En los últimos quince años los negocios que usan la tierra cambiaron tanto que parecen otros. Ya no hay un solo cultivo anual. Ahora pueden ser dos, en la misma tierra. Ya no hacen falta músculos. Hay monstruos mecánicos que cuestan cientos de miles de dólares, que llevan aire acondicionado y equipos con tecnología GPS, que cambiaron el trabajo rural. Ya no son los mismos los dueños de las pampas. En buena medida, el arquetípico productor dueño de grandes extensiones, el oligarca, mutó. Los que avanzan, con gran ingeniería financiera, a gran escala, son los *pools* de siembra y los fideicomisos. La industria ya no es tan nacional. Las compañías que manejan el negocio de la nueva

agricultura son, además de transgénicas, multinacionales. Y ya no hay Estado. Ni Junta de Granos, ni de Carnes, ni investigaciones no financiadas o dirigidas o avaladas por las grandes empresas extranjeras. Ahora vale todo.

El paisaje de los pueblos también se transformó. Son pueblitos repletos de motos livianas, que se averían para siempre antes de pagar la última cuota. Pueblitos con camionetas muy altas, muy cómodas, con mucha tracción. Pueblitos que, a veces, emplean obreros para construir las máquinas que precisa el nuevo negocio agropecuario. Pueblitos con muchos *cyber*, con muchos juegos en red, repletos de silos. Pueblitos con bares poblados de una nueva clase de desocupado, un nuevo tipo de ex agricultor, rentado. Pueblitos cada vez más cansados de ver por televisión cómo su suerte se define en Buenos Aires. Pueblitos que, por azar, todavía le escapan a la gran sociedad de consumo. Y a la violencia de los suburbios urbanos.

Muchas otras cosas permanecen. La Argentina produce alimentos. Los pueblos respiran la economía con el pulso de la agricultura. Los chacareros desconfían del Estado. Al gobierno le cuesta cobrar los impuestos. A los campesinos nadie los cuenta. Y la tierra sigue siendo lo que nunca dejó de ser: un tesoro.

Durante un año viajé por el interior, haciendo diagonales, sin ambición de mostrarlo todo, pero con la intención de hablar con algunos de los que mandan y de los que resisten. De los que ganan y los que pierden. Algunos de los que cambiaron y de

los que luchan por no cambiar. El registro está en las próximas páginas. Es parte de lo que pasa hoy en la región central de la Argentina rural. Ahí, donde la primera estrofa de las canciones todavía empieza con un grito, una invitación, que dice: ¡Adentro!



MAREA
EDITORIAL